

Maddalena CIMA, Eugenio LARocca: *Le tranquille dimore degli dei. La residenza degli horti Lamiani*. Roma, Cataloghi Marsilio, 1986, 4^o, 1986, 216 pp.

Este catálogo ilustra la exposición sobre los *horti Lamiani* que se celebró en el marco de actos del programa «Roma Capitale 1870-1911».

El «quartiere Esquilino», uno de los barrios más desangelados de Roma, es una de las poco gloriosas realizaciones urbanísticas en la Roma del período 1870-1911. Apenas proclamada Roma capital de Italia la especulación urbana continuó los trabajos que había iniciado monseñor De Merode en los últimos años de la «Segunda Roma» de Pío IX.

Es bien sabido que el urbanismo de la «Nuova Italia» en Roma dio lugar a una protesta internacional, encabezada por Mommsen y Gregorovius, ante el monstruo en que se convertía la ciudad de Césares y Papas. Protesta que, digámoslo de paso, no halló otra respuesta que el refuerzo de las empresas, como la «Società Romana di Beni Stabili», donde se abrazaban financieros septentrionales y príncipes romanos terratenientes. Inútil es hoy llorar la pérdida de aquella Roma cuando se destruye ante nuestros ojos la Roma que conocimos hace unos decenios. Una muestra de este progresivo deterioro de la ciudad puede ser el estado actual de las «salle degli Orti Lamiani» en el Museo dei Conservatori.

La exposición da cumplida idea en este volumen de la parte más conocida, la de la escultura, pero la valoración arquitectónica halla acogida cabal en el importante capítulo de E. LaRocca sobre «Il lusso come espressione di potere» (p. 3-35) o el estudio de arquitecturas y sus restos, mosaicos incluidos, que efectúa Maddalena Cima y la pintura en Roma no es tan abundante como para no destacar el estudio, «pavone e poeta» de Mariette de Vos.

Un aspecto novedoso, que documenta detenidamente Maddalena Cima, es la utilización de las gemas como decoración arquitectónica con lo cual las representaciones, pictóricas, de metales dorados y cabujones cobran un especial significado de realidad y no de fantasía. Esto nos lleva, una vez más, a Alejandría y a los grandes palacios reales helenísticos.

No hay por qué seguir más. Quien vio la exposición tendrá con este catálogo un permanente recuerdo de la misma y quien no alcanzó a verla podrá aceptar que *ipsa ruinae docent* sobre lo que fueron los «Orti Lamiani».—ALBERTO BALIL.

Michel EISNER: *Zur Typologie der Grabbauten im Suburbium Roms*, Mainz. Ph. von Zabern, 4^o, 254 pp. 158 fig., 9 mapas, LX láms. (= *Römische Mitteilungen-Ergänzungsheft*, 26).

Aunque parezca imposible no existía un estudio de conjunto dedicado a la arquitectura y monumentos funerarios situados en el *Suburbium* de Roma. Este es el propósito de esta obra cuyo punto de partida se encuentra en una disertación leída en 1968 y que ha sido considerablemente ampliada y revisada.

La obra cumple este propósito hasta cierto punto. La masa documental y monumental se ha impuesto sobre la voluntad del autor y éste ha prescindido de varios monumentos como los columbarios subterráneos, las tumbas en forma de templo o las tumbas con cubrición de cúpula. El autor promete ocuparse de ello más adelante y es de esperar que en este futuro se incluya también un «aggiornamento» bibliográfico puesto que en este volumen, quizás como consecuencia de una prolongada estancia en la imprenta, las referencias bibliográficas más recientes corresponden a 1978.

La primera parte del volumen, que comprende aproximadamente la mitad del mismo, es un catálogo de monumentos distribuidos topográficamente atendiendo a su situación bien en las vías consulares bien en la parte hoy a intramuros de las murallas de Aureliano. Esto, naturalmente, impide una ordenación cronológica del material puesto que en ciertas vías, p. e. la vía Salaria, se encuentran tumbas más antiguas de las que se hallan en la zona extramuros de la vía Appia, pongamos por caso.

Sigue a este inventario un capítulo dedicado a temas varios como la función de las tumbas, los problemas de estructura, tipología y desarrollo histórico. Con ello y unos cuidados índices concluye la obra.

Merece la pena insistir en la importancia del *corpus* iconográfico que acompaña la obra. Todas y cada una de las tumbas son reproducidas en nítidas fotografías de conjunto, exterior e interior, detalles varios como frisos, inscripciones, pilastras, etc.

El inventario monumental es sin duda la parte central de la obra. Hubiera sido más cómodo que en cada caso se hubiera indicado la cronología propuesta por el autor que remitir, como se hace, a un subcapítulo dedicado a la cronología. La decoración escultórica y la epigrafía merecen más atención que la que se les concede en esta obra y habría permitido afinar las cronologías.

El estudio tipológico de Eisner reúne el material en siete grupos, túmulos, tumbas en forma de altar, tumbas piramidales, tumbas de forma cúbica, tumbas pilastra y tumbas en forma de exedra, más un grupo final y misceláneo que constituye el cajón de sastre que viene a juntar el material no atribuible a otros grupos. Se echa de menos un estudio más minucioso de los orígenes de los distintos tipos y una posible relación entre tipo de sepulturas y clases sociales. Con ello el autor acaba por traicionar un tanto sus propósitos iniciales y esperanzas puesto que su libro queda más en el ámbito de una «contribución al estudio», importante sin duda, que en el de un estudio definitivo sobre un conjunto monumental que se halla en peligro por la codicia humana sea de materiales de construcción sea de piezas para el mercado anticuario.—ALBERTO BALIL.

FRAGO, J. A. y GARCIA-DIEGO, J. A., *Un autor aragonés para «Los veintiún libros de los ingenios y de las máquinas»*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1988, 137 p., 18 fig., 6 lám. color.

Los veintiún libros de los ingenios y de las máquinas es el título con el que se conoce un importante manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional y atribuido hasta hace poco a Juanelo Turriano, famoso relojero e ingeniero de Carlos V y de Felipe II. Hasta 1983 no fue editado y ello gracias a los desvelos del gran ingeniero e historiador de la técnica José Antonio García-Diego, quien hizo además la introducción del manuscrito, donde demostró que el autor no podía ser Juanelo Turriano.

En un encomiable esfuerzo por encontrar algo más sobre el misterioso autor de *Los veintiún libros...*, García-Diego acudió a distintos especialistas, entre ellos a Juan A. Frago, eminente filólogo que se prestó a la realización del trabajo, cuyo fruto es el libro que comentamos.

Ante todo hay que resaltar la magnífica labor científica llevada a cabo por el profesor Frago, quien analiza la incidencia del italiano y del aragonés en la forma de escribir del autor del manuscrito, su grafémica y fonética, morfología y sintaxis